

VISITA AL CONGRESO DE LOS  
DIPUTADOS DE S. E. EL PRESIDENTE  
DE LA REPUBLICA ARGENTINA,  
DOCTOR CARLOS SAUL MENEM

VISITA AL CONGRESO DE LOS  
DIPUTADOS DE S. E. EL PRESIDENTE  
DE LA REPUBLICA ARGENTINA,  
DOCTOR CARLOS SAUL MENEM

EL DIA 1 DE MARZO DE 1994

© Publicaciones del Congreso de los Diputados  
Secretaría General. Servicio de Publicaciones  
Visita. Núm. 9  
Imprime: Rivadeneyra, S. A.  
Cuesta de San Vicente, 28  
28008 Madrid

La visita al Congreso de los Diputados de S. E. el Presidente de la República Argentina, Doctor Carlos Saúl Menem, tuvo lugar en el Salón de Conferencias el día 1 de marzo de 1994, entre las once cuarenta y las doce quince horas, y fueron convocados los miembros de la Mesa del Congreso de los Diputados y los del Senado, los Portavoces de los Grupos Parlamentarios, los miembros de las Comisiones de Asuntos Exteriores de ambas Cámaras y de la Comisión de Asuntos Iberoamericanos del Senado.

El señor **PRESIDENTE DEL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS** (Pons Irazazábal): Señor Presidente, al darle la bienvenida en nombre de las Cortes Generales de España quiero que mis primeras palabras sean para expresar mi profunda satisfacción por esta visita del Primer Mandatario de la Nación Argentina. La visita a este Congreso de los Diputados constituye sin duda un expresivo gesto político hacia la democracia española, surgida de la Constitución de 1978.

La América Hispana ha vivido años difíciles. Durante la década de los ochenta las dificultades políticas estuvieron acompañadas por severos problemas económicos. De entre ellos, quizás el más preocupante y amenazador, el peso de la Deuda Pública acumulada en años anteriores.

La República Argentina ha sabido avanzar en estos últimos años en el camino de la estabilización económica y monetaria, y su gobierno, señor Presidente, ha sentado las bases para un crecimiento que induzca mejores niveles de bienestar a toda la población argentina.

La comunidad internacional ha recuperado confianza en la economía argentina. Ello permite una renegociación más fácil de la Deuda, la atracción del capital extranjero, y abre nuevas capacidades para luchar contra la pobreza y las desigualdades sociales.

En España hemos seguido con gran interés la evolución política y económica de Argentina desde que en 1989 se inició vuestro mandato presidencial. De alguna forma las empresas españolas han participado con menor o mayor éxito en este proceso. Nos congratulamos de los resultados conseguidos y le deseamos, señor Presidente, el acierto necesario para dirigir Argentina con pulso firme en esta singladura, a la que al parecer todavía le quedan muchos días de navegación.

Nuestra tradición democrática y constitucional –y cuando digo nuestra quiero decir la de Argentina y España– arranca de la misma raíz, la Constitución de Cádiz de 1812. La trayectoria de la libertad y del progreso no ha sido fácil ni lineal. Aquí y allá hemos vivido tiempos difíciles y oscuros sucedidos por explosiones de esperanza. No es fácil consolidar una democracia moderna, que es mucho más que el diseño formal de unas instituciones homologables. Pero afortuna-

damente este encuentro que vuestra visita simboliza, señor Presidente, es el de dos viejos pueblos que hoy emergen a la historia de este siglo con las energías de la madurez y de la renovación. Durante estos últimos años hemos oído hablar muchas veces de «la joven democracia española». Ya cada vez menos, señor Presidente, porque los años avanzan velozmente, pero esa juventud no es sinónimo de fragilidad e inexperiencia, sino de modernidad y dinamismo. Pero también cada vez menos porque el proceso democratizador que supuso el fin de las dictaduras que aún subsistían en algunos países del Sur de Europa –y que centró por un tiempo el interés histórico del Continente– ha sido rebasado vertiginosamente por el proceso de transformaciones políticas, económicas y sociales que la caída del muro de Berlín ha abierto en el centro y en el este de Europa. Viejos y nuevos Estados intentan alcanzar el nuevo tiempo histórico.

Las soluciones políticas de la democracia moderna son las que ofrecen caminos a la complejidad de la sociedad moderna. Argentina y España son diversas y complejas en su unidad. España ha sido crisol de pueblos y culturas que han convivido a lo largo de siglos y que en esta convivencia plural han forjado el perfil de su identidad. La Constitución de 1978 ofrece el marco moderno para una convivencia estable y armoniosa de esa España plural, que si dejase de ser realmente plural dejaría de ser España.

Argentina, sobre la doble marca de origen de su americanidad y de su hispanidad, ha fundido razas y culturas, sin merma de su personalidad colectiva ni de su capacidad de actuación unitaria.

La misma realidad de nuestros pueblos exige una llamada permanente a los principios clave de toda sociedad moderna: la complejidad y la diversidad social demandan tolerancia y convivencia pero, sobre todo, necesitan alejarse de todo arbitristo simplificador, que siempre se basa o en imposiciones unilaterales visionarias o en exaltaciones colectivas excluyentes. Nuestros países han vivido tiempos de arbitristo, pero la tentación simplificadora está siempre presente y aparece con más fuerza en tiempos de crisis económica y de cambios políticos. Desde el compromiso de la libertad debemos trabajar juntos, señor Presidente, para avanzar sin nostalgias y sin miedo al futuro que nuestro tiempo ha abierto.

A lo largo del tiempo pasado, españoles y argentinos han cruzado el Atlántico en las dos direcciones buscando en tierras de Argentina y de España la libertad y el refugio que su propia tierra les negaba. Esta solidaridad con quienes han buscado tantas veces aquí y allí los tristes consuelos de la emigración económica o política merece ser evocada con emoción y desde luego, por nuestra parte, con enorme gratitud. Pero debería ser un capítulo ya irreversiblemente cerrado de nuestra historia común.

El futuro de las relaciones hispano-argentinas debe ser el de la puesta en común de las inmensas posibilidades que el nuevo escenario mundial nos ofrece. Hemos aprendido a valorar nuestra dignidad en la libertad individual y colectiva y sabemos por amarga experiencia que cuando esta dignidad desaparece, se cierran las puertas del progreso y los países se estancan en la historia, viéndose luego obligados a enormes esfuerzos de recuperación moral y material. A ve-

ces se ha pretendido que la renuncia a la dignidad moral era el precio necesario que demandaba la eficacia material. Pero hoy sabemos –nos lo enseñó América y ahora lo hemos visto en Europa– que cuando cae el velo de las dictaduras lo que aparece es un legado no sólo de corrupción moral, sino también de ineficacia material y de miseria económica.

La nueva sociedad española ha optado –como no podía ser de otra manera– por la democracia y por Europa. Para los españoles, Europa fue durante muchos años el símbolo y la garantía de la libertad y de la democracia. Hoy, como miembros activos de la Unión Europea, participamos con esperanza en ese difícil y apasionante proceso de construir una Europa capaz de dar respuesta a los problemas que nuestro tiempo plantea.

Recordabais ayer, señor Presidente, que la vocación europea de España no le ha hecho perder su sensibilidad americana. Las pulsiones de la vivencia americana de España son muy variadas. Pero posiblemente la que tiene acentos más hondos, más amplios, más fáciles y ¿por qué no usar también esta palabra?, más grandes es la corriente emotiva, social, cultural e intelectual que nos pone en contacto con todas las realidades de vuestro país.

La España de 1994 tiene su representación política en esta casa, en su Parlamento. Aquí quisiera acertar a transmitir, señor Presidente, y en V. E. a todo el pueblo argentino, el latido de nuestra satisfacción por vuestra visita, la firmeza de nuestras creencias en todo lo que nos hermana, la rotundidad de nuestra esperanza en la capaci-

dad de trabajar juntos para Argentina y para España, para Europa y para América.

**(Aplausos.)**

El señor **PRESIDENTE DE ARGENTINA** (Menem): Señor Presidente del Congreso de los Diputados, señor Presidente del Senado, señoras y señores Legisladores:

Le agradezco sus palabras, señor Presidente, y además la oportunidad que me brinda de exponer algunas reflexiones sobre la evolución más reciente de mi país. Me complace hacerlo frente a los representantes de un pueblo al que nos ligan tantos afectos, tanta historia, tantos vínculos.

Cuando muchos de vuestros antepasados atravesaron el Atlántico, iban en busca de una ilusión. Y esos gallegos, asturianos, castellanos y andaluces, esos catalanes y vascos, encontraron una realidad: un país dinámico, en permanente cambio, donde casi todo parecía posible.

Sin embargo, tras una etapa de crecimiento económico y estabilidad democrática, ingresamos en el dramático ciclo de gobiernos civiles carentes de poder, sucedidos por gobiernos militares carentes de legitimidad.

Nuestro principal desafío fue entonces poner fin a ese círculo vicioso. Revertir nuestro aislamiento internacional, alimentado por

políticas autárquicas, muchas veces a espaldas de las democracias occidentales y de nuestros verdaderos intereses.

Un dato gratificante: Cuando Argentina se reintegró a la comunidad de países democráticos, España manifestó rápidamente su solidaridad. Fue uno de los primeros países europeos que asumió el desafío de apoyarnos para cooperar con nuestro resurgimiento económico. Reiniciamos así la más estrecha relación.

En el comienzo de nuestro mandato, trasladamos las libertades políticas al ámbito económico. Transformamos un modelo ineficiente; enfrentamos entonces poderosos intereses sectoriales. Nadie en mi país añora hoy un pasado reciente en que la inflación mensual llegó al 200 por 100, frente a menos del 7 por 100 anual en la actualidad y calculamos para este año de 1994, según las previsiones presupuestarias, una inflación no superior al 4,5 por 100.

Esos resultados no tienen nada de milagroso. Fueron el fruto de la disminución del déficit público y de la aplicación de una estricta política impositiva y fiscal.

Señoras y señores Legisladores: Nuestros esfuerzos para reordenar y modernizar económicamente a la Argentina debían encontrar natural correlato en una visión distinta y renovada de la realidad internacional. El fin de una era, la de la competencia estratégica bipolar, conlleva también el fin de las opciones básicas. Las tensiones serán probablemente más difusas, pero también más diversificadas, más numerosas, más complejas. Allí están, para demostrarlo, los en-

frentamientos religiosos y étnicos; el resurgimiento del fundamentalismo y de los nacionalismos xenófobos; el renacimiento de la intolerancia y el drama de las migraciones. Lo que no nos oculta la importancia de un fenómeno a cuya consolidación tenemos la firme voluntad de contribuir: la distensión internacional y la búsqueda de la paz. Porque creo que se ha ahondado en la conciencia de la comunidad internacional la revalorización de la democracia y de los derechos humanos.

La Argentina, fiel a esta convicción, impulsó con éxito, en la organización de los Estados americanos, reformas tendentes a fortalecer la vigencia de la democracia representativa de la región.

De aquí en más, existirá una mayor coherencia entre los principios que sustenta la Organización de Estados Americanos y las acciones que desarrollará en defensa de esos principios. El fin de la guerra fría permitió realzar la credibilidad de la Organización de las Naciones Unidas. Hoy, España y la Argentina están comprometidas en la revitalización del papel de la Organización. Ambos países la apoyamos, participando en la coalición que se formó para resolver la crisis del Golfo.

En ese mismo espíritu, Argentina decidió aumentar sustancialmente su participación en las fuerzas de mantenimiento de la paz. Existe una activa presencia de nuestras Fuerzas Armadas en diez teatros en crisis: son más de mil los cascos azules argentinos acantonados en Croacia, en Chipre, en Kuwait y, sólo en los últimos seis meses, hemos extendido nuestra presencia a Haití y Rwanda.

Así como ha llegado el tiempo de consolidar la paz recurriendo a los cascos azules, es también el momento de erradicar el hambre y la pobreza para asegurar que esa paz sea justa y duradera. Es hora de aunar esfuerzos mediante una alianza que una a los sectores privados, los organismos internacionales y las organizaciones no gubernamentales. Todo esto para la creación de un cuerpo internacional de voluntarios en la lucha contra el hambre.

A esta iniciativa la he llamado también la legión de los «cascos blancos», por cuanto deben, junto a los ya existentes «cascos azules», apuntalar el nuevo orden internacional desde las cuestiones humanitarias. Contándolos como principalísimos interlocutores, mi Gobierno ya ha iniciado consultas para concretar esta propuesta. En la inteligencia de que nuestra región –y nuestro país– debían contribuir a afianzar esa atmósfera de paz a que da lugar el fin del orden bipolar y el desarme nuclear.

También asumimos el compromiso de no poseer, almacenar o desarrollar armas de destrucción masiva. Y contribuimos activamente con la firma de la Convención que prohíbe las armas químicas en enero de 1993. Establecimos una política clara en nuestro programa nuclear con Brasil y abrimos nuestras instalaciones a la inspección mutua. Firmamos y ratificamos el acuerdo de salvaguardias con el Organismo Internacional de Energía Atómica. Promovimos, con otros países de la región, la adopción de enmiendas al Tratado de Tlatelolco. Adoptamos un régimen interno de control de exportaciones e importaciones sensitivas. Incorporamos a la legislación argentina los parámetros establecidos en los regímenes internacionales misilísti-

cos, químicos y nucleares. Consecuentemente, y con el apoyo del Gobierno de España, ingresamos al grupo australiano y al M.T.C.R. y somos observadores en el grupo de países proveedores nucleares.

Además de su cooperación en el campo espacial, España nos brindó su generoso apoyo para nuestra política de no proliferación. El pueblo y el Gobierno de Argentina no olvidarán esos gestos. Como tampoco su respaldo otorgado al diálogo que abrimos con la OTAN.

Señoras y señores Legisladores: Vuestro país dio sobradas muestras de su vocación comunitaria, sin renunciar por ello a su destino de puente entre Europa y otras regiones del mundo. España no es, para nosotros, un país más.

La conciencia europea, al buscar el bien común más allá del mero nacionalismo, conservando sus identidades, deberá contribuir a redefinir la relación entre el Norte y el Sur.

El nuevo escenario internacional no eliminará la competencia entre las naciones, sino que transformará la naturaleza de esa competencia. Esta no será ya estratégico-militar, sino también, y fundamentalmente, tecnológica, económica y cultural.

La reciente culminación de la Ronda Uruguay del GATT abre nuevas posibilidades para el incremento del comercio internacional.

Es necesario continuar esfuerzos para impedir que anacrónicas prácticas proteccionistas afecten las posibilidades comerciales de países que han abierto su economía al mundo, en este caso, la República Argentina entre otros.

América Latina está hoy comprometida con el fortalecimiento de los grandes espacios subregionales. El desafío consiste en integrar la coordinación política y el realismo económico, para construir un espacio homogéneo. En ese desafío tenemos el ejemplo de Europa.

Apostamos, en democracia, a favor de una asociación más estrecha, mucho más dinámica, con este Continente, del que España ha sido y es para nosotros la puerta grande.

Y en este proceso de transformación que vive la República Argentina, no puedo dejar de elogiar la actitud asumida por vuestros Pares, por los representantes del pueblo argentino y de las provincias argentinas, por los Diputados y por los Senadores. Este proceso de transformación, a partir de un cambio de mentalidad de nuestro pueblo, es producto de un trabajo compartido. Yo diría que duro, durísimo, pero que ha logrado sus frutos. Vamos a continuar en este camino. No les quepa la menor duda. Argentina pretende de esta forma incorporarse a este nuevo mundo. El mundo de la modernidad, del crecimiento, del desarrollo, del progreso.

Pero además de agradecer y felicitar a nuestros Legisladores, reitero, a vuestros Pares, yo quiero agradecer desde lo más profundo de

mi corazón, desde mi sangre y desde mis sentimientos, a todos aquellos españoles que fueron antes, que están ahora y que seguirán llegando a nuestra patria, que es vuestra patria.

Muchísimas gracias. Que Dios les bendiga.

**(Aplausos.)**